

Cuando la muerte tiene permiso: privatización de la salud pública y fuga hacia adelante en la economía mundial

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS*

La pandemia de COVID-19 significa un fenómeno global totalizador que interrumpe y subsume a su lógica unitaria al conjunto de la vida social en el planeta, ejerciendo un efecto de sobredeterminación. Como parte de las contradicciones de la modernidad capitalista y de los desajustes de la reproducción socioambiental, se desencadena una emergencia sanitaria que deteriora la configuración sociobiológica de la humanidad y devela la incapacidad de los Estados para preservar la salud pública. Entre tanto, el capitalismo muestra síntomas críticos de atonía o depresión mundial con bajo crecimiento, destrucción de capitales, desempleo estructural y pobreza, además del desgarramiento del entramado societal por la mortandad, violencia y ruptura de normas de convivencia e interacción. Al igual que las grandes crisis, se abre un fabuloso espacio de rentabilidad tecnológica que suscita una disputa por el mercado de la salud pública mundial, donde ya se incuban ganancias extraordinarias para las grandes corporaciones farmacéuticas. Destrucción de capital, desempleo masivo, concentración de capitales, auge de sectores digitalizados y subordinación de la educación, el consumo y la vida cotidiana son los síntomas de la nueva economía pandémica. La restauración del derecho a la salud y educación públicas, la producción de vacunas y medicamentos como bienes públicos universales, son apenas principios detonadores en aras de una sociedad poscapitalista donde prime la reproducción de la vida humana sobre la lógica del capital.

Fenómeno totalizador

La pandemia de la COVID-19 representa una crisis mundial sin precedentes de carácter multidimensional. Estamos afrontando una profunda crisis humanitaria, entendida como una situación de emergencia que amenaza la vida, salud, seguridad o bienestar de una comunidad o región, y que devela además la incapacidad del Estado para garantizar la vida humana. En el caso actual se trata de una emergencia sanitaria ocasionada por la enfermedad del SARS-CoV-2, cuyo poder de

propagación ha escalado a nivel mundial hasta convertirse en la pandemia de COVID-19 (Corona-Virus+Disease+[20]19), decretada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en enero de 2020 como emergencia de salud pública internacional y en marzo como pandemia,¹ sin que los organismos internacionales y los Estados nacionales

*Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

¹ Organización Mundial de la Salud (OMS), «COVID-19: cronología de la actuación de la OMS», OMS, 27 de abril de 2020, en <https://www.who.int/es/news-room/detail/27-04-2020-who-timeline---covid-19>

hayan logrado una estrategia conjunta para su contención, prevención, tratamiento y erradicación. Por el contrario, los contagios se han expandido y con ello los índices de morbilidad y letalidad. Los gobiernos se han mostrado titubeantes y erráticos para afrontar esta crisis.

Pero no se trata de una enfermedad y una pandemia aislada, por más expandida y mórbida que sea. Forma parte de un evidente entramado articulado por las contradicciones de la modernidad capitalista y derivada de los desajustes de la materialidad de la reproducción socioambiental. Aquí hay dos conceptos clave, modernidad capitalista y metabolismo social² para analizar la crisis civilizatoria y la incrustación de la pandemia. Mientras que desde un enfoque biomédico se estudian por separado las enfermedades sin atención al contexto social, desde el punto de vista de epidemiólogos y antropólogos médicos de las áreas de salud pública, salud comunitaria y salud social, se ha acuñado el neologismo de *sindemia* (a partir de sinergia y epidemia) para referirse a la convergencia de dos o más enfermedades o pandemias que afectan la salud de personas en determinados contextos sociales y económicos, donde privan causas adversas como pobreza, violencia, estrés e inequidad sanitaria.³ Sin embargo, desde un enfoque de clases sociales habría que precisar que los contextos no están dados de antemano, sino que están condicionados por relaciones sociales de producción y poder, en el marco de las formaciones sociales capitalistas.⁴

La expansión de la emergencia sanitaria significa la puesta en escena de un mundo distópico, en el aquí y ahora, que se pone en sintonía con otros problemas de gran alcance, como el cambio climático, la recesión económica, la hambruna y la violencia, los cuales forman placas superpuestas de fenómenos lacerantes. Tan sólo la hambruna ha sido una epidemia silenciosa, no reconocida como tal, pero ha sido diagnosticada ampliamente por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), según la cual cada año mueren 6 millones de niños menores de cinco años por hambre, víctimas de «hambrunas encubiertas»: hambre crónica y malnutrición, que debilitan las fuerzas vitales, merman el desarrollo y deterioran el sistema inmune de los infantes.⁵ La pandemia del VIH/SIDA aún persiste y se combina con la hambruna, sobre

todo en regiones del continente africano, donde está 70 por ciento de los infectados de VIH de los 37.5 millones que hay en el mundo.⁶ De hecho, se reconocen cinco formas de epidemia de origen animal que se han transmitido a la humanidad: influenza, VIH/SIDA, enfermedad de las vacas locas, el síndrome respiratorio agudo grave (SARS) y el ébola. La pandemia del coronavirus pertenece a esta forma de transmisión —una de cuyas hipótesis es el consumo humano de murciélagos—⁷ conocida como zoonosis, mediante la cual un virus propio de especies animales muta e invade los cuerpos humanos y se reconvierte en un nuevo patógeno humano desde donde se propaga. Por añadidura, el mundo de vida moderno basado en la producción de alimentos industriales, la contaminación, el contacto con sustancias tóxicas, el sedentarismo y el estrés laboral ocasionan diversas muertes por pandemias no infecciosas (obesidad, desnutrición, diabetes, hipertensión y cáncer), que son la principal causa de muerte prematura en el mundo —antes de los 70 años—, con mayor incidencia en los países subdesarrollados. Paradójicamente, unos 800 millones de personas padecen hambre crónica, en tanto que la obesidad y el sobrepeso aquejan en varios países hasta 70 por ciento de su población. La hipertensión es la causa de casi la mitad de muertes por apoplejía y problemas cardíacos, a la vez que 12 por ciento de la población mundial es obesa y hasta un tercio de la población tiene diabetes. Hipertensión y diabetes se conjugan para ser la causa de las dos terceras partes de las muertes registradas en el mundo contemporáneo.⁸

La pandemia de la COVID-19 representa una coronación de la mortandad infecciosa y no infecciosa y, dadas las medidas sanitarias impuestas,

² Como lo expresara Marx: «El proceso de trabajo, (...) en sus elementos simples y abstractos, es una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida, y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad», Karl Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Tomo I, México, Siglo XXI, 1988, p. 223.

³ Merrill Singer, *Introduction to syndemics: a critical systems approach to public and community health*, San Francisco, Jossey-Bass, 2009.

⁴ Humberto Márquez, *Ingredientes para un menú tóxico. El reverso de la crisis alimentaria y sanitaria*, Observatorio del Desarrollo, vol. 2, núm. 6, 2013.

⁵ Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2002*, Italia, FAO, 2002.

⁶ ONUSIDA, «Estadísticas mundiales sobre el VIH», 2019, en https://www.unaids.org/sites/default/files/media_asset/UNAIDS_FactSheet_es.pdf

⁷ Organización Mundial de la Salud (OMS), «Brotos epidémicos: neumonía de causa desconocida. China», 5 de enero de 2020, en <https://www.who.int/csr/don/05-january-2020-pneumonia-of-unknown-cause-china/es/>

⁸ OMS, *Informe sobre la situación mundial de las enfermedades no transmisibles 2014*, Ginebra, OMS, 2014, en https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/149296/WHO_NMH_NVI_15.1_spa.pdf?sequence=1



Existen críticas fundadas sobre el hecho de que el estudio, planeamiento y ejecución de las pandemias mundiales en las últimas décadas a cargo de la OMS estarían condicionadas por importantes intereses privados.

concita una convergencia con múltiples problemas ambientales, sociales y económicos. De tal suerte que significa un fenómeno global totalizador, que interrumpe y subsume a su lógica unitaria la vida social en el planeta, ejerciendo un efecto de sobredeterminación: una condición condicionada condicionante o determinación determinada determinante.⁹ En una primera aproximación, la pandemia global se presenta como la convergencia de fenómenos críticos que trastocan la materialidad de la producción y reproducción capitalista y de manera más profunda ponen en predicamento la reproducción de la vida humana, su configuración sociobiológica, en conjunción con el entorno natural:

- a) Una crisis sanitaria que acomete el quebrantado estado de salud pública mundial y a las diversas instituciones, políticas y gobiernos.
- b) Una crisis económica vinculada a una atonía o estado de depresión mundial de bajo crecimiento, desempleo estructural, pobreza, violencia y mortandad.
- c) Una crisis de las relaciones sociales y el jaque a las normas básicas de convivencia e interacción humana más elementales.
- d) Una crisis humanitaria de producción y reproducción societal.

⁹ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI, 1989.

Un declarante cuestionado

No hay que matar al mensajero, pero la OMS, el organismo que diagnosticó, informó y estableció los criterios generales de control de la pandemia —rastreo sistemático y trazado de contagios de personas diagnosticadas como casos positivos—, no sólo no ha logrado establecer una política global en la materia, sino que está insertado en una trama global de instituciones donde campeon los intereses de los grandes financiadores, los Estados más potentados del planeta y los intereses privados de las corporaciones farmacéuticas personificados por fundaciones con careta filantrópica.

Por cerca de siete décadas la OMS ha sido la principal agencia de referencia internacional sobre la salud pública y la definición de políticas en la materia; pero como árbitro mundial de la salud pública es una institución sujeta a intereses privados y conflictos de interés. En su origen, la OMS era una organización multilateral cuyo presupuesto se componía por el financiamiento obligatorio de los 194 países miembros, estos eran los fondos regulares. Pero desde hace dos décadas se comenzaron a captar recursos adicionales de donantes privados, fundaciones e industrias. En esas contribuciones voluntarias los donantes deciden a qué rubros se canaliza el dinero y así sobrepasan las determinaciones de los órganos de gobierno formados por los países miembros.

Entonces, el principal problema deviene de su esquema de financiamiento, que obedece a

capitales privados: más de 80 por ciento proviene de donaciones privadas, empresas y fundaciones, o aportaciones públicas, pero «voluntarias». Entre los primeros 10 donantes destacan algunos países, sobre todo Estados Unidos, la Fundación Bill y Melinda Gates (Microsoft) y la industria farmacéutica (90 millones de dólares de la industria farmacéutica en 2015).¹⁰

Existen críticas fundadas sobre el hecho de que el estudio, planeación y ejecución de las pandemias mundiales en las últimas décadas a cargo de la OMS estarían condicionadas por importantes intereses privados, entre los que destacan el magnate estadounidense Bill Gates y las grandes corporaciones farmacéuticas globales, a la sazón las principales financiadoras privadas de ese organismo.¹¹ Lo cual se presta a conflicto de intereses, como sucedió con la epidemia H1N1, cuando los fabricantes de vacunas y medicamentos, como el Tamiflu, un medicamento antiviral ineficaz, producido por Hoffmann-La Roche, que requería movilizar grandes cantidades de *stock*, participaban en el comité que decidía si se lanzaba o no la epidemia y se lanzaba la alarma mundial, lo cual redundaría en la procreación de un mercado global inmenso.¹²

Derivado del anuncio de la pandemia mundial, los Estados hicieron compras masivas de Tamiflu por recomendación de la OMS, pero conforme se demostró que ese medicamento era contraproducente, se suspendió su aplicación y quedaron lotes inmensos almacenados, algunos fueron destruidos y otros están resguardados, pese a que ya caducaron. De esta forma se pactaron acuerdos comerciales sin bases científicas. En el orbe, los muertos por H1N1 fueron 21 mil, lo cual puso en tela de duda, sobre todo para los expertos independientes, la pertinencia de la declaratoria mundial de la pandemia. Algo similar habría sucedido con la gripe aviaria, mientras que la OMS anunciaba que podrían morir 150 millones, sólo murieron 331 personas, sobre todo en Indonesia y Vietnam, pero había grandes intereses comerciales para la venta del Tamiflu.¹³

Disputas por la salud pública

La controversia en torno a la agenda de la OMS se verifica en dos niveles superpuestos: por una parte, la contienda geopolítica entre Estados Unidos y China, y, por otra parte, la más decisiva confrontación

entre los intereses corporativos y los intereses estatales. El balance es favorable al poder del capital corporativo.

a) *Disputas diplomáticas entre potencias económicas.* Desde 2018 Estados Unidos y China están enfrascados en una guerra comercial detonada por las medidas del inefable presidente Donald Trump para imponer medidas arancelarias a las importaciones de China las cuales suscitaron una respuesta semejante del gobierno chino. Como ha sido la pauta en la diplomacia internacional imperialista, la OMS ha estado manipulada por Estados Unidos, instancia que mayor financiamiento otorga al organismo y por tanto se arroga el derecho de imponer vetos, cambiar resoluciones y alterar textos. El enfrentamiento entre Estados Unidos y China, que se enmarca en la lucha más global por la hegemonía mundial, donde tienen lugar guerras comerciales y disputas por los mercados, ha cimbrado al organismo por la irracional arenga de Trump al atribuirle al virus un origen nacional (el «virus chino») y retirar fondos a la OMS por la gestión de la pandemia, pese a que, según las estadísticas oficiales, Estados Unidos sería el país con más defunciones asociadas a la enfermedad. Estados Unidos sería el país que más aportaciones hace con 15 por ciento del financiamiento del organismo, unos 400 millones de dólares. Sin embargo, los donantes privados han mantenido la inyección de recursos dinerarios. De hecho, ante la pandemia de COVID-19, la Fundación de Gates colocó 250 millones de dólares para «ayudar en la lucha contra esta enfermedad».¹⁴

b) *Preponderancia del poder del capital privado sobre los poderes estatales nacionales.* El poder del capital privado se entremezcla con el poder estatal y actúan de consuno, donde en apariencia se contraponen el interés público contra el privado. En los hechos, la OMS ha sido privatizada, y su esquema de financiamiento condiciona sus

¹⁰ Javier Bañuelos, «La OMS recibió 90 millones de dólares de donaciones de grandes farmacéuticas», *SER*, 25 de agosto de 2016, en https://cadenaser.com/ser/2016/06/13/sociedad/1465814899_603885.html; Patricia Peiró, «El segundo mayo donante de la OMS anuncia más dinero para el coronavirus tras el portazo de Trump», *El País*, 21 de abril de 2020, en https://elpais.com/elpais/2020/04/16/planeta_futuro/1587031058_530432.html

¹¹ Laia Altarriba, «Desmontando la neutralidad de la Organización Mundial de la Salud», *Viento Sur*, 1 de febrero de 2016, en <https://vientosur.info/desmontando-la-neutralidad-de-la-organizacion-mundial-de-la-salud/>

¹² Germán Velásquez, *Libro rojo de la OMS*, Ginebra, Faramundi, 2014.

¹³ Javier Sampedro, «La OMS ocultó que sus expertos en gripe A cobraron en farmacéuticas», *El País*, 5 de junio de 2010, en https://elpais.com/diario/2010/06/05/sociedad/1275688803_850215.html

¹⁴ Redacción, «La Fundación Bill y Melinda Gates se centrará en la crisis del coronavirus», *El Economista*, 26 de abril de 2020, en <https://www.eleconomista.com.mx/arteseideas/La-Fundacion-Bill-y-Melinda-Gates-se-centrara-exclusivamente-en-la-crisis-del-coronavirus-20200426-0018.html>

decisiones y funciona en pos de intereses privados. El poder de las corporaciones privadas del sector farmacéutico se impone entre las agencias decisorias de la salud pública, como la OMS y los ministerios de salud estatales, para hacer valer los intereses capitalistas. La declaratoria de una pandemia abre un espacio fabuloso de inversión y rentabilidad prontamente copado por las grandes farmacéuticas y respaldadas por los Estados nacionales, que se convierten en los grandes compradores compulsivos de vacunas y medicamentos. Inclusive pueden contribuir con donaciones, inversión o trabajo voluntario para el desarrollo de los nuevos fármacos que serán patentados y vendidos masivamente, lo cual garantiza de antemano fabulosas ganancias de corto plazo. Entre los donantes privados de la OMS destaca el magnate Bill Gates, quien no es precisamente un filántropo desinteresado, pues detenta acciones en diversos consorcios farmacéuticos, como GlaxoSmithKline, Eli Lilly, Johnson & Johnson, Merck y Pfizer, entre otros. Por si fuera poco, para cerrar la pinza, estos laboratorios también hacen sus propias aportaciones a la OMS, adicionales a las de Gates y otros donantes «filantrópicos». La gestión del *lobby* farmacéutico es uno de los más poderosos del orbe e imprime sus determinaciones en las políticas sanitarias globales y nacionales. Para ello destinan millones de dólares para representar los intereses conjuntos del sector financiero —como las aseguradoras—, de la industria farmacéutica y del ramo de atención sanitaria, que amasan enormes ganancias. Al respecto, destaca la labor de cabildeo de la Federación Internacional de Fabricantes y Asociaciones Farmacéuticas (IFFMA, por sus siglas en inglés) con sede en Ginebra, pero dirigida preponderantemente por intereses corporativos estadounidenses y sus asociados. Las llamadas contribuciones voluntarias especificadas son efectuadas por los donantes públicos o privados con la intención de tomar la decisión de a qué programas se aplicará su dinero, y con ello incidir en las políticas globales de salud pública y, sobre todo, en la ampliación de los mercados farmacéuticos. Es indiscutible que el poder privado es el mayor influjo en la salud pública mundial.

Privatización de la salud pública

Con la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995 se hizo obligatorio el uso de patentes para los productos farmacéuticos. Antes de ello se podían producir medicamentos genéricos sin problemas, sobre medicamentos que estuvieran patentados. Pero a partir de entonces la patente dura 20 años y significa un monopolio legal que justifica un precio más elevado y protegido en el mercado. Con ese cometido es que rige en el comercio mundial y la propiedad intelectual el Acuerdo de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC o TRIPS, por sus siglas en inglés).

Hasta hace dos décadas, diversos países periféricos y centrales no otorgaban patentes a los medicamentos, pero el escenario cambió drásticamente con la creación de la OMC. Los Estados miembros signaron el ADPIC que obliga a los 164 países miembros a adoptar un sistema de patentes para todo tipo de tecnologías, en particular para los medicamentos.

La patente es un derecho de exclusividad territorial que confiere un monopolio. Cada patente farmacéutica dispone de un periodo de dos décadas iniciales, supuestamente el tiempo estimado para que un laboratorio o empresa pueda recuperar la inversión en investigación y desarrollo (I+D) que le permitiera crear un nuevo producto farmacéutico. No obstante, hay estudios que demuestran que la recuperación de algunos medicamentos es, en realidad, mucho más corta: puede lograrse en tan sólo un año de salir al mercado (un ejemplo es el medicamento Sofosbuvir para tratar la hepatitis C por el laboratorio Pharmasset).¹⁵ Por si fuera poco, las multinacionales farmacéuticas realizan diversas modificaciones de laboratorio y argucias legales para prolongar indefinidamente el periodo de vigencia de la patente; por ejemplo, antes de que culminen los 20 años concedidos por la ley de propiedad intelectual, implementan la estrategia denominada *evergreening* (reverdecer las patentes indefinidamente), para lo cual introducen pequeños cambios en el producto farmacéutico y los presentan como si fueran una innovación; con ello logran postergar el alcance de la patente por otro periodo adicional de dos décadas y en consecuencia dan un salto hacia adelante en el control monopolístico del precio de los medicamentos a alto precio.

Por si fuera poco, los laboratorios están produciendo una amplia gama de medicamentos que atacan los síntomas, más no curan la enfermedad subyacente, esto permite la perpetuación de la enfermedad y el consumo cautivo de los pacientes. Las finanzas corporativas rebosan de salud y la población permanece enferma.

¹⁵ Sergio Ferrari, «Especulación farmacéutica en el combate contra la hepatitis C», *El Diario*, 5 de agosto de 2015, en https://www.eldiario.es/contrapoder/sovaldi-especulativo_132_2537649.html; Marcia Angell, *La verdad acerca de la industria farmacéutica*, Bogotá, Norma, 2006.

El espectro de medicamentos es variado y se organiza por mercados de consumo muy diferenciados. Al respecto, se pueden distinguir tres grandes categorías:

a) Medicamentos patentados. Grandes farmacéuticas multinacionales que operan como cárteles.

b) Medicamentos genéricos. El medicamento genérico tiene la misma sustancia activa que el patentado.

c) Productos milagro. Sustancias con aparente finalidad sanitaria, sin respaldo científico ni regulación oficial, que representan una afrenta a los intereses de la industria farmacéutica, pero que pueden significar un riesgo a la salud de los consumidores: dióxido de cloro, nanopartículas de cítricos, entre otros.

Simbiosis entre pandemia y mercado mundial

Al amparo de la ley de propiedad intelectual, el sistema de patentes y los protocolos para el desarrollo de vacunas y medicamentos, más de 40 laboratorios están en una carrera parejera para ser los primeros en producir y lanzar al mercado una vacuna contra el coronavirus que garantiza de antemano un mercado inconmensurable, una ganancia extraordinaria, patente de por medio. Entre ellos las multinacionales

farmacéuticas Johnson & Johnson, AstraZeneca en asociación con la Universidad de Oxford, Pfizer y Moderna. Participan laboratorios de China, Rusia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. La estrategia se basa en formas de asociación global público-privadas, que involucra a las autoridades sanitarias, las corporaciones farmacéuticas, las organizaciones de salud, las academias científicas, los investigadores y el mundo científico en general articulado por programas de I+D «colaborativos» para desarrollar nuevos medicamentos y vacunas. En esa puja participan la internacional IFPMA, la Federación Europea de la Industria Farmacéutica (EFPIA) e Investigadores y Productores Farmacéuticos de América (PhRMA, por sus siglas en inglés). Es decir, la investigación y desarrollo se centra en los países centrales e interpela otro escenario de la guerra comercial, que tiene como protagonistas a China y Rusia frente a Estados Unidos y Europa.

El gobierno de Estados Unidos ha otorgado subvenciones por cientos de millones de dólares a compañías estadounidenses, como Pfizer, Merck y Moderna; sin embargo estos recursos para investigación y desarrollo no están condicionados a cubrir el suministro de su propio país ni se establece una cláusula para limitar el precio máximo de las dosis o que se venda a precio

Por si fuera poco, los laboratorios están produciendo una amplia gama de medicamentos que atacan los síntomas, más no curan la enfermedad, esto permite la perpetuación de la enfermedad y el consumo cautivo de los pacientes.



de costo, sino que la aspiración es típicamente capitalista: realizar ganancias extraordinarias subvencionadas con recursos públicos aprovechando un mercado ampliado.

También la Unión Europea ha firmado convenios similares con laboratorios farmacéuticos, en tanto que los países subdesarrollados, como México y Argentina, entre otros, se colocan en la cola de los intereses corporativos y aportan conejillos de indias para las pruebas de los prospectos de medicamentos y anticipan pagos millonarios para acceder a las vacunas cuando estén aprobadas.

Primeras lecciones de la pandemia global: una pequeña dosis de futurología

El futuro es el presente y los cambios se han anticipado: el gran movimiento es el de un salto hacia adelante. El mundo que se prefiguraba para mediados de este siglo se anticipó y los cambios se presentan abruptamente. Las crisis también son una suerte de movimientos tectónicos que cimbran el entramado geopolítico y geoeconómico mundial. Es un mundo en transformación incesante y ya no será el mismo en muchos planos y niveles, pero es difícil advertir si los cambios serán para mejorar o para empeorar. Mucho dependerá de la interpretación de la crisis, su respuesta y desenlace; de las tensiones, contradicciones y luchas sociales, de las innovaciones, conocimientos y tecnologías; de las formas de gobierno, la democracia y la política. Un cúmulo de procesos y fenómenos trastocan la realidad y encarnan intereses y luchas por el poder y el dinero. Diversas tendencias toman forma en esta coyuntura, pero adoptan en su formación fuerzas y movimientos que ya estaban latentes o en curso:

1. Emergencia sanitaria y crisis humanitaria: infección, propagación, morbilidad, letalidad

La causa aún no bien determinada de la nueva enfermedad descansa, provisionalmente, en la explicación de una zoonosis entre mamíferos,

que habría engendrado la mutación de un coronavirus en un murciélago, para el caso el principal reservorio, que a su vez fuera consumido en mercados populares por humanos, que luego alojarían al coronavirus y lo mutarían en un virus que afectaría al organismo humano y se propagaría por efecto de contagio; aunque también pudiera ser por la interacción constante entre humanos y animales o el consumo de carne sin cuidar las medidas higiénicas. Las enfermedades infecciosas zoonóticas son una muestra del quebranto más profundo del metabolismo social, entre el ser humano y la naturaleza, con su diversidad animal y silvestre, pero también por la alteración de los ecosistemas por efectos más profundos como la contaminación, la depredación, el cambio del clima y formas de ecocidio asociadas a la lógica compulsiva de la expansión de las fronteras territoriales del capital y de formas de vida supeditadas a su dominio.

Sea como fuere, hay una interconexión entre las enfermedades de nueva generación y otras ya existentes o mejor conocidas. Tal como ocurre en el ámbito de los coronavirus, que se engarzan con enfermedades igualmente potentes y mortíferas, sino es que más. La vulnerabilidad del sistema inmunológico de la humanidad, como cuerpo social, está expuesto a múltiples enfermedades infecciosas y no contagiosas, que son signo de la forma de vida que sigue la trama de la modernidad capitalista y que se han naturalizado y adoptado como formas mórbidas de coexistencia y reproducción de la especie humana. La consideración de la situación global de la salud pública no puede concentrarse en una sola enfermedad, por más extendida que esta sea, sino que requiere articular las diversas formas, expresiones y mecanismos de enfermedades que aquejan a la humanidad, máxime a los grupos más vulnerables, las clases trabajadoras, los sectores populares, las franjas más empobrecidas de los países subdesarrollados, pero también crecientemente en los países desarrollados, bajo la tónica de una forma de organización social que privilegia la ganancia y desprecia las formas de protección, sustento y florecimiento de la vida humana. La crisis convergente, múltiple, de talante civilizatorio, pone en grado de máxima tensión la oposición entre los intereses del capital y los intereses de la vida humana en conjunción con el entorno planetario.

La transmisión de las enfermedades contagiosas de alto impacto, como la COVID-19, resulta del contacto directo entre personas, entre las cuales existe al menos un contagiado que funge como agente propagador y de ahí se desencadena un contagio que puede describir una espiral exponencial. Por ello, los epidemiólogos estipulan medidas como el encastillamiento, el distanciamiento físico entre personas, el uso de cubrebocas y la higiene personal. No obstante, el estado de la salud pública mundial no se reduce a esta pandemia, sino que está en una situación mórbida de múltiples enfermedades fisiológicas, crónicas y mentales, cuyos mecanismos de propagación son múltiples y diversos, desde los

hábitos alimenticios, la actividad física, el contacto con sustancias tóxicas, las condiciones de trabajo, la situación de la seguridad pública, los servicios de salud, la existencia de medicamentos, la medicina preventiva, la calidad de los servicios médicos y hospitalarios. Es un asunto complejo, irreductible a una pandemia, por más estruendosa que sea su exposición mediática y que en tal medida se encubran las causas socioeconómicas subyacentes.

2. Medidas premodernas en un mundo global hipertecnologizado e interconectado

El confinamiento puede ser una medida oportuna y necesaria para salvar vidas ante una pandemia no bien conocida y sin vacunas probadas, pero no deja de ser paradójico que se adopte esa disposición que recuerda a la época medieval, cuando las plagas o pestes arrasaban con poblaciones enteras en un mundo donde privaba el oscurantismo, el miedo, el desconocimiento, la incomunicación y el desconcierto. En una época como la actual, que se precia de estar hipercomunicada, con revoluciones científico-tecnológicas de cuarta generación y la conciencia de que vivimos en un mundo global con interconexión instantánea, la reclusión parece una medida premoderna, además de contraproducente, porque el propio encierro puede ser un foco de infección para la propagación de la enfermedad, pues invariablemente algunos de sus miembros enclaustrados tienen la necesidad de salir al mundo para trabajar, comprar, etcétera. Pero también representa una suerte de dictadura sanitaria que en muchos casos ha tomado la forma de un Estado de excepción no declarado, cuyos efectos han sido y serán muy lacerantes, en todos los planos de la vida social. Máxime si no se acompañan de fuertes medidas de protección social, de rearticulación del tejido productivo y de restablecimiento de los derechos sociales menguados por las oleadas contraproductivas de los modelos capitalistas neoliberales. Las medidas propuestas de confinamiento, distanciamiento entre personas, uso de cubrebocas y limpieza personal tienen la peculiaridad de que descargan la responsabilidad en los individuos y las familias. En tanto, se abre un enorme compás de espera para que las corporaciones farmacéuticas encuentren la solución que habrá de rescatar a la humanidad en su conjunto.

Entre los efectos inmediatos del cierre de actividades productivas y el confinamiento está la fractura en los circuitos productivos, comerciales y laborales. Pero también la ruptura del tejido social, de las formas de sociabilidad, de la vida cotidiana y del tinglado de relaciones sociales.

El recobramiento de los controles estatales mediante una biopolítica global con encarnación nacional se basa en la medición compulsiva, en tiempo real, de las estadísticas sobre «casos» y defunciones

atribuidos a la pandemia. Los modelos matemáticos y métodos informáticos producen esos datos que se dibujan en curvas de contagio en distintos países del mundo y dentro de ellos. Estadísticas que tienen diversas bases de sustentación, porque no todos los gobiernos de los países están produciendo datos confiables porque no aplican pruebas masivas o representativas, ni monitorean los casos detectados, salvo excepciones, como Alemania o Corea del Sur. Las políticas de control reactualizan casos más extremos de cercamiento de países o ciudades y el confinamiento obligatorio con vigilancia policiaca o militar. A la postre, el gran confinamiento, y lo que ello entraña, será más contraproducente que cualquier daño ocasionado por la COVID-19. La afectación económica causará más estragos en la sociedad y en la vida concreta de las personas.

3. Destrucción de valor, capital y trabajo

El presente y futuro del trabajo está en proceso de transformación, como también la morfología del capital y la trama de valorización a escalas global y nacional. Bajo la pandemia se ha acusado la tendencia hacia la destrucción de fuentes de empleo ya de por sí precarizadas, sobre todo en actividades presenciales vinculadas al servicio directo al cliente (como restaurantes, comercios), pero también en industrias consideradas «no esenciales» por los gobernantes que cerraron operaciones, lo cual invariablemente se traducirá en el cierre definitivo de empresas con baja capacidad para sobrepasar la larga contingencia sin operar y sin tener ingresos líquidos.

En contrapartida se imponen formas de trabajo flexibles y precarias que ya estaban muy expandidas, pero que ahora cobran un auge inusitado y consolidan las operaciones de las empresas que las sustentan. La forma del teletrabajo y las comunicaciones a distancia impactan la organización espacial del trabajo y los métodos de distribución e intercambio.

De manera sintomática, se incrementa la figura del nuevo «proletariado digital», que dibuja el perfil ascendente de los nuevos asalariados

en condiciones de alta precariedad laboral, como sucede en empresas emblemáticas de este pujante sector laboral: Amazon, Uber, etcétera. En muchos de estos esquemas de trabajo se confunde la función de propietario y de trabajador: los trabajadores subsumidos por esas empresas aparecen como si fueran propietarios, de hecho lo son, de sus medios de trabajo, pero en realidad son explotados por la corporación, que sustrae el plusvalor generado y una renta tecnológica, en tanto la figura de trabajador se desnaturaliza y aparece como si fuese un «colaborador» o un «socio» de la empresa de marras.

El «proletariado digital» y los trabajadores de la distribución (llamados «colaborativos») modificarán el espectro social de las llamadas «clases medias», además de que se incrementarán las presiones a la sustitución de puestos de trabajo por la introducción masiva de procesos automatizados basados en robots e inteligencia artificial. El teletrabajo o trabajo en casa redefinirá el prototipo de múltiples lugares de trabajo, tales como oficinas, fábricas, escuelas y empresas; asimismo, la menor movilidad afectará a la industria de la construcción, el transporte público y privado y la distribución de bienes y servicios a domicilio, entre otras actividades.

La desvalorización y destrucción de capitales es un efecto de la competencia capitalista, que ahora se presenta como una consecuencia de la política de la pandemia. La llamada «economía digital» o el «capitalismo digital» funge como centro operativo de la economía pandémica y articula bajo su férula a actividades desorganizadas y desvinculadas de esta parafernalia y de sus artefactos. Las operaciones de producción, distribución y consumo operan bajo una plataforma digital, con base en el internet, sus programas y dispositivos. En el capitalismo pandémico, la infraestructura de comunicación e información es el sistema nervioso; los datos, la sangre, y la vigilancia, el cerebro.

La utopía tecnocrática anticipa un mundo completamente automatizado, donde operan máquinas inteligentes que funcionan de manera autónoma. El mantra de la inteligencia artificial

suple la subjetividad humana errática, emocional e ideologizada. Sin embargo, lo que realmente tenemos son programas (*softwares*) de códigos que han sido creados no por máquinas o inteligencias virtuales sino por ingenieros, programadores, es decir, seres humanos que están circunscritos a relaciones sociales de explotación del trabajo ajeno. Inclusive las funciones de comunicación, entretenimiento, distracción o consulta, cuando se utilizan los buscadores o las redes digitales, sean de Google, Facebook, etcétera, representan espacios de vigilancia o espionaje en la medida en que los usuarios aportan información, una huella digital que es apropiada y traducida en algoritmos, datos que a su vez serán usados para fines comerciales y de vigilancia. A los usuarios de estas plataformas se les llama «proletarios digitales», pero no se trata de un trabajo subsumido directamente por las empresas digitales sino que el uso de los servicios digitales es apropiado para identificar comportamientos y sintetizarlos a fin de conocer los hábitos individuales y colectivos. En tanto que la idea de que las máquinas y sus mecanismos operativos inteligentes son formas posthumanas o transhumanas de inteligencia «artificial» funge como un dispositivo ideológico para legitimar el control o «explotación» del tal proletariado digital.

4. *Disputas geopolíticas*

El capitalismo global se mueve como un acordeón, que en épocas de relativa bonanza se extiende hasta el máximo posible de su envergadura, pero en momentos de crisis se centra y se encierra en su caja negra, para preparar el siguiente despliegue o asalto del mundo. El mercado mundial, que otrora había sido expandido por el proyecto de la globalización, se repliega en la geografía de los bloques económicos regionales de América del Norte, Europa, Asia y otras zonas. Al mismo tiempo, emanan las guerras comerciales sumadas a las tensiones geopolíticas. Estas contracciones y embestidas son fenómenos que preceden, pero también acompañan, a la anomalía pandémica.

Otro aspecto geopolítico que ha estado en transformación es el declive del poder hegemónico mundial de Estados Unidos, y el ascenso de China y Rusia, por lo que el «siglo americano» parece estar llegando a su fin, cuando menos el papel de gendarme del mundo. Esto en momentos en que se está definiendo la continuidad o no de un presidente como Trump. Estados Unidos profundiza su decadencia como potencia imperial dominante en el mundo y se amplifica un multilateralismo todavía titubeante. No obstante, el hegemon sigue considerando al resto del continente americano como su patio trasero, de manera más enfática en el caso de México, y seguirá empeñado en confrontar comercial, diplomática y económicamente a las potencias emergentes que le disputan los controles geoestratégicos. Por lo que

América Latina será un espacio en disputa, con grandes volteretas sociopolíticas. En contrapartida, se abre la posibilidad para los países de la región de pactar una integración regional no subordinada que, sin embargo, es amenazada de manera constante por el ascenso de gobiernos de derecha, por los gobiernos populistas y por la amenaza militar, la guerra comercial, el bloqueo económico y los golpes de Estado en contra de los gobiernos nacionales que osan implementar políticas antiimperialistas y anticapitalistas, o al menos postulan proyectos de nación que siguen directrices diversas a las coordenadas geopolíticas del gran hegemon del norte.

Entre las novedades de la temporada se asoma la posibilidad de finiquitar el uso del dinero en efectivo, el *cash*, como parte de las medidas sanitarias, pero también derivado de la lucha geoestratégica contra el dólar, que ha venido fungiendo como moneda mundial e instrumento de dominación económico-política de Estados Unidos, que por ese medio adquiere hegemonía monetaria y un poder global que le ha permitido chantajear e intimidar al resto de las economías del mundo, sobre todo a partir de la égida del petrodólar. La materialidad del dinero puede transitar de su forma física en papel y moneda a formas electrónicas, pero ello no cambia la función del dinero como lo que ha sido, equivalente universal y forma de valor. Esto además es una tendencia manifiesta en la economía capitalista en pos del abaratamiento de los costos de circulación asociados a la existencia de monedas mercancía, primero, y dinero fiduciario, después. El poder de los grandes bancos privados y de los bancos de inversión se redefinirá siguiendo la tendencia al uso de las criptomonedas y la institucionalidad de los bancos centrales supuestamente «autónomos» y su obsesión en la estabilidad monetaria está siendo crecientemente cuestionada.

5. Estatalidad rediviva: ocaso y resurgimiento del Estado

La crisis ha desnudado a los gobiernos nacionales de todos los signos político-ideológicos que se han mostrado resueltamente incapaces de afrontar las necesidades radicales de la población (salud, alimentación, educación, ingreso, empleo, transporte) y afrontar las amenazas crecientes en contra de la vida concreta de la población (enfermedades, violencia, desempleo, hambre, muerte). Ello puede generar un despertar colectivo, un mayor grado de conciencia crítica y movilización en contra de gobiernos incapaces de gestionar el Estado, la economía y la salud pública.

Ante el descrédito del «libre mercado» se fortifica la tendencia al fortalecimiento del Estado, y con ello el retorno de políticas de planeación en rubros como la salud, la educación, la agricultura, la energía. Este mayor estatismo puede desembocar, sin embargo, en formas de gobierno autoritario o autocrático, con el exacerbamiento de

los mecanismos de control social. Con el apremio de rastrear a enfermos y sus redes de contactos, además es previsible una convergencia de los mecanismos de securitización y de sanitización. Los gobiernos pretenderán dotar a las ciudades de mecanismos de control «inteligentes» y afinar los mecanismos de planificación, pero serán también espacios más controlados e inseguros.

Existe la posibilidad de que retornen gobiernos autoritarios que despliegan formas de control y vigilancia de la población con el soporte cibernético, la conducción de tecnócratas y autocracias ilustradas. Un avance de ello se detecta en los países asiáticos, que utilizan tecnologías de acceso universal que permiten el rastreo a gran escala de los movimientos que hacen sus ciudadanos en las compras, pagos o evasión de impuestos, movimientos, traslados y viajes, opiniones, preferencias y simpatías políticas.

6. Economía digital: reconversión de sectores productivos hacia los servicios de la industria digital

Ante la profunda crisis de la modernidad capitalista, el movimiento importante es una fuga hacia adelante, que pretende reconfigurar la trama de la producción, distribución y consumo mediante la mayor preponderancia de los sectores productivos operados por plataformas digitales. La adopción, implantación y diversificación de tecnología en plataformas digitales, que sustituyen procesos, generan nuevas formas de organización del trabajo, distribución y consumo. Una pretendida nueva economía se reviste bajo el término de «economía digital». Esto, a su vez, entraña un proceso de concentración de capital por las corporaciones de servicios de internet, navegación y redes sociales. Hay una transferencia de recursos de empresas que se insertan a esas cadenas de proveeduría, de trabajadores que se subsumen a las economías «colaborativas» como «proletarios digitales», de gobiernos e instituciones educativas que mudan sus procesos de enseñanza hacia mecanismos de educación a distancia o aula virtual. Este proceso entraña

la captura de una ruta tecnológica digital que se traduce en un costo por dependencia tecnológica.

La revolución tecnológica en curso, bajo los destellos de la inteligencia artificial, el internet y las redes digitales, designada a propósito por los promotores del Foro Económico Mundial como la «cuarta revolución industrial», se acompaña de diversos modos de gestión empresarial apoyados en las plataformas digitales y supuestos esquemas novedosos como la «economía colaborativa» y la «autonomía laboral» que, sin embargo, encubren condiciones de trabajo sumamente precarias, al acusar las tendencias de trabajo inseguro, mal pagado, inclusive con perfiles degradantes que incluyen actividades peligrosas e insalubres. Paradójicamente en la era de la hipertecnología perduran condiciones que rayan en la superexplotación y el pauperismo. Con la peculiaridad adicional de que también abarcan actividades no laborales, como el ocio y el tiempo libre, esto es, el momento extralaboral subsumido por la vorágine digital, especialmente el mundillo de las redes sociales digitales, con su tráfico inaudito de *bits*. En esta órbita comunicacional e informativa están apegados una miríada de usuarios que se convierten en adictos a los dispositivos tecnológicos y su influjo, sin advertir que son usuarios usados por las corporaciones que tienen a Silicon Valley como uno de sus nodos operativos. Este «proletariado digital» se compone de consumidores digitales compulsivos, cuyos datos, hábitos, ideas, preferencias, son apropiados y utilizados como insumos digitales por las corporaciones.

Los planes de negocio y las formas de trabajo buscan adaptarse provisionalmente, pero también en lo sucesivo, a las plataformas organizativas que emulan el esquema de la uberización, un modelo de negocios exitoso en el servicio de entrega a domicilio, pero que a trasmano reconfigura las relaciones de trabajo, la organización de las empresas y los apoyos gubernamentales. Esta oleada supone la captación de una renta tecnológica por la imposición de plataformas digitales que conectan a diversas empresas proveedoras de servicios mediante el cobro de una comisión

por el uso de la plataforma (de hasta 30 por ciento) y la precarizan de los trabajadores, a quienes llaman «socios», los cuales se encargan de realizar la distribución de los bienes y servicios.

Uno de los sectores que se había convertido en palanca de acumulación mundial es el turismo, asociado a medios de transporte más dinámicos y la habilitación de destinos turísticos (playeros, culturales, ecológicos, arqueológicos), pero en esta contingencia es uno de los más afectados por la pandemia y sus secuelas. Las economías nacionales y regionales altamente especializadas en ese sector serán muy afectadas, con el recorte súbito de los viajes internacionales y el turismo. Los viajes internacionales en el ámbito político, diplomático, cultural, académico y de ocio se han visto sustituidos por el uso de tecnologías de comunicación a distancia, que ya se venían utilizando con plataformas de videoconferencia como Skype y ahora Zoom, Meet, entre otras. Las tecnologías de videoconferencia e infocomunicaciones se han visto implementadas en los más variados ámbitos de trabajo y comunicación, en sustitución de los encuentros interpersonales y han saturado el tráfico de información y comunicación. La proliferación de las plataformas digitales de comunicación sustituye el flujo de viajes internacionales, la realización de congresos, las reuniones presenciales y los *tours*. Previsiblemente, el turismo masivo no podrá recuperarse fácilmente y los viajes internacionales tampoco, al menos en los niveles que se venían experimentando en los años recientes.

La refuncionalización de los sectores locales y regionales puede dinamizar el turismo local, los circuitos locales de producción, distribución y consumo, las empresas autogestionarias y los intercambios solidarios, la diversificación del aparato productivo y la recreación del mercado interno, más allá de las determinaciones de las cadenas globales de valor, las exigencias de las corporaciones multinacionales y de los gobiernos afines, y de las exigencias de consumo de combustibles fósiles y de otros recursos naturales insertados en las cadenas de suministro en el nivel mundial.

7. Educación: catástrofe generacional

La educación a distancia es la salida inmediata ante el desafío del confinamiento, pero también resignifica la noción de escuela, aula, relación pedagógica entre docente y alumnos y, en general, el papel de la educación bajo los apremios contingentes y los desafíos de las nuevas tecnologías.

La educación es un espacio de disputa que quiere asaltar la corporación mediática y en tal sentido reconvertir el papel social de la educación en la nueva economía en gestación. Un mayor influjo tecnocrático en la educación generará indecibles efectos en los contenidos, tornará prescindible al docente, fetichizará la tecnología y, en

definitiva, precipitará el derrumbe del texto, la lectura, la comprensión, la reflexión y la crítica. Esto en un contexto donde de por sí la educación pública en todos sus niveles enfrenta una profunda crisis y fuertes tendencias hacia su privatización.

En un mismo horizonte de comprensión a la llamada cuarta revolución industrial, también denominada industria 4.0, le corresponde una educación 4.0. Eventualmente, este formato educativo puede prescindir de la escuela tal como la conocemos: no precisaría de aulas, porque dispone del aula virtual; no requiere de maestros, pues se basta con los programas educativos digitales, y el enfoque pedagógico dice estar orientado a las necesidades del estudiante, pero sobre todo con contenidos educativos pragmáticos, dirigidos a temas científicos y tecnológicos vinculados a las necesidades de la industria de nuevo tipo que se adhiere a la ola de la inteligencia artificial. Al respecto, ya se postula la tesis del «fin de las universidades» debido a los cambios tecnológicos, sobre todo digitales.

Por lo pronto, las políticas educativas impuestas en el marco de la pandemia ya dieron un primer y gran paso hacia la educación virtual, en línea o a distancia. Como se atestigua con la forma de aula virtual, las clases por videoconferencia, los cursos acordes a la programación televisiva o adoptados a las plataformas digitales, el papel de los profesores como moderadores de sesiones digitales, los padres de familia en funciones docentes improvisadas, etcétera. En la educación a distancia una sesión convencional de dos horas equivale a una hora por *webinar*, por lo que se reduce la interlocución, se compactan los mensajes, se sintetizan los contenidos y a la larga los participantes terminan exhaustos.

No deja de ser paradójico o sintomático el hecho de que los propios magnates digitales, aposentados en Palo Alto, California, dueños, directivos o gerentes de las grandes corporaciones de Silicon Valley, no permitan que sus vástagos caigan en el influjo pernicioso de las tecnologías digitales alienantes (sería tanto como que los propietarios de Coca-Cola no induzcan a sus hijos a tomar el líquido endulzado y carbonatado, que los traficantes de drogas no consientan la adicción psicotrópica de sus descendientes o que los fabricantes de bebidas espirituosas no toleren el alcoholismo de sus herederos). Las escuelas de ese entorno empresarial no están acondicionadas con aparatos electrónicos, tales como computadoras, dispositivos móviles o pantallas. Los maestros se ven obligados a utilizar artefactos anacrónicos en la enseñanza de los hijos de los magnates de la era digital, como pizarrones, gis y cartulinas. Por si fuera poco, las trabajadoras domésticas no pueden usar artefactos digitales en presencia de los niños.¹⁶

Con todo, como lo admiten algunos organismos internacionales, la pandemia dejará una gran secuela negativa en términos educativos,

que se diagnostica como una «catástrofe generacional» en tanto alrededor de mil 600 millones de estudiantes en el mundo tuvieron que suspender sus actividades escolares, con el riesgo evidente de retraso en el proceso formativo y el riesgo de que muchos no retornen más a la escuela.

8. Subjetividad: miedo, individualismo y cuidado de sí mismo

La pandemia ha sido una de las pocas cuestiones que no ha dejado indiferente a nadie en el mundo. Se ha producido un cúmulo de información en torno a un tema omnipresente en los medios de comunicación convencionales y digitales, y en consecuencia se ha convertido en el tema de conversación ineludible entre todos los grupos sociales y familiares. En conjunto, se infla una burbuja de datos, opiniones e interpretaciones, además de polémicas políticas sobre dicha problemática. El protagonismo de la *big media* es apabullante. Pero el medio es confuso: se entremezclan informes oficiales, discursos políticos, opiniones, noticias, noticias falsas, creencias, sinrazones. No deja de ser una paradoja que la sobreinformación conviva con la desinformación, que se torna en confusión. En un mundo comunicacional donde ya tenían un lugar central las llamadas noticias falsas (*fake news*), ahora hacen presencia estelar, según la OMS, la *infodemia*, en la que priva el caos informativo, una epidemia informativa plagada de falsedades que circulan más rápido y con mayor amplitud que el propio coronavirus.

A su vez, uno de los virus que más se ha propagado en esta coyuntura es el del miedo. Ante la incertidumbre y el temor de contraer la enfermedad, asociado al confinamiento y la precarización, las reacciones afloran de las más variadas formas: paranoia, temor, estrés. Pero esto tiene su correlato, debido a la transmisión de la responsabilidad hacia el individuo y la familia, en descargo de la responsabilidad estatal y del capital, lo cual a su vez contribuye a nulificar parte sustancial del catálogo de derechos sociales y deteriora la provisión de los servicios sociales.

¹⁶ Pablo Guimón, «Los gurús digitales crían a sus hijos sin pantallas», *El País*, 24 de marzo de 2019, en https://elpais.com/sociedad/2019/03/20/actualidad/1553105010_527764.html

El vacío generado ofrece, una vez más, un espacio fabuloso a las soluciones del mercado y el individualismo. Un entramado donde las relaciones sociales, los vínculos interpersonales, las relaciones cara a cara se suplen con un sucedáneo cibernético, las llamadas «redes sociales» del mundo digital. Este es el mejor caldo de cultivo para el exacerbamiento del individualismo, la subjetividad consustancial al neoliberalismo. La configuración de un sujeto moldeable, socialmente conformista, sujeto a los designios de la autoridad, fácilmente atemorizable, subsumido a la órbita digital, representa los filones de la individualidad digital en ciernes.

9. Vida cotidiana, el cuidado de las personas, la reproducción social

El distanciamiento físico y social amplificado por las estrategias de prevención de la pandemia se prolongará por un tiempo considerable, en previsión de los contagios o rebotes del SARS-CoV-2 y otros virus semejantes. Una menor movilidad de las personas conectada a un menor dinamismo de la reproducción demográfica pareciera estar en consonancia con la ideología neomaltusiana que apremia la disminución de la población mundial.

Los patrones de consumo se reconvierten con el incremento de presente y futuro de las compras mediante el uso de plataformas digitales, en línea. Asimismo, la educación pública y privada podrá, eventualmente, ampliar la cobertura de servicios a distancia, tornándose cada vez más en una educación virtual. Este distanciamiento y contención de la movilidad significará una retracción de las formas de interacción humana y la organización de la vida urbana, además de las formas más elementales de organización de la vida doméstica.

Cambio de paradigma

Grandes procesos revolucionarios han marcado y definido el derrotero de la humanidad, como la revolución neolítica, el antropoceno y las revoluciones industriales; las grandes revoluciones sociales como la rusa y la china; el derrumbe de los imperios de la Antigüedad como el romano y el azteca, entre otros; las grandes guerras, como la I y II guerras mundiales; el declive de los imperios capitalistas coloniales como Holanda, Gran Bretaña, Francia, España y Portugal; el esplendor y ocaso de la hegemonía de Estados Unidos y el resurgimiento de China y Rusia; las grandes crisis del capitalismo; y las grandes pandemias letales en la historia (peste negra, viruela, peste bubónica, gripe española, VIH/sida, etcétera). Las

Uno de los virus que más se ha propagado en esta coyuntura es el del miedo. Ante la incertidumbre y el temor de contraer la enfermedad, asociado al confinamiento y la precarización, las reacciones afloran de las más variadas formas: paranoia, temor, estrés.



revoluciones, conflictos y catástrofes propician, sin embargo, grandes procesos de transformación económicos, tecnológicos, sociales, políticos y culturales. Un cambio en las coordenadas que no es un proceso natural sino metamorfosis del entramado social, económico y político empujado y conducido por fuerzas sociales que representan el proyecto transformador.

Esto no es el fin del capitalismo

Con todo, el escenario pandémico no significa la víspera del derrumbe automático del capitalismo, ni siquiera está claro que el neoliberalismo, su forma económico-política más generalizada, vaya a caducar pronto. No obstante, los falsos profetas auguran el «fin del capitalismo», o cuando menos el «fin del neoliberalismo», pero el sistema tiene una capacidad enorme para capitalizar las catástrofes y superar las adversidades. La única certeza es que «no morirá de muerte natural».¹⁷ Más bien se reedita una nueva intervención estatal de «salvamento» del sistema y una depuración de componentes considerados superfluos en sintonía con una gran avanzada tecnocrática.

Es evidente que el capitalismo no es un organismo natural que muera de una enfermedad crónica o que llegue su fecha de caducidad porque las condiciones estén dadas, según ciertas previsiones. Como ha ocurrido, el capitalismo buscará adaptarse a las condiciones de crisis y a la sucesión de cambios económicos, políticos, sociales y tecnológicos. Los poderes capitalistas buscarán afanosamente aumentar su dominio sobre los nuevos medios de producción y las nuevas formas de coordinación social y articularán los mecanismos de integración y de dominación.

No obstante, también se abren nuevas opciones para los proyectos poscapitalistas, que no pueden descartarse. Una serie de hechos disímboles apenas sugieren formas latentes de cambios inmediatos, aunque no suficientes, como las nuevas atribuciones que pueden estar asumiendo los Estados, el fraccionamiento de la economía mundial, la irrupción de la ciudadanía, la posibilidad de ejercer mayor control sobre las empresas multinacionales aunque sólo fuera por vía impositiva debido a la necesidad de mayor financiamiento fiscal para ejercer un papel más activo.

Existen algunas probabilidades, aunque no por un encausamiento automático, que el llamado capitalismo neoliberal y financiarizado llegue a su término o se recomponga. Muchos países periféricos están sumidos en el subdesarrollo, debido a múltiples circunstancias, entre ellas la persistencia de un endeudamiento excesivo e insostenible y la condición subordinada en la división internacional del trabajo.

¹⁷ Walter Benjamin, *Libro de los pasajes. Apuntes y materiales*, Madrid, Akal, 2005, p. 687.

La superación del llamado neoliberalismo sería apenas un escalón en el ascenso histórico de estas regiones.

Debido a que la virosis no destruirá al capitalismo, puede esperarse, sin que sea un mal augurio, pues es propio del realismo capitalista, que la factura será cobrada, como siempre sucede en las crisis, a los trabajadores asalariados y a los contribuyentes de bajos y medianos ingresos. Por lo pronto, ya está en curso un colosal ajuste laboral: desempleo, desvalorización de la fuerza de trabajo, mortandad, sindemia.

Ante el resurgimiento del estatismo, la democracia radical

En un mundo de fronteras abiertas para el capital se ha pretendido restaurar la maltrecha soberanía del Estado con políticas «securitarias», no ajenas a proclamas nacionalistas y xenófobas, y en los tiempos que corren se apuntalan con las políticas de «sanitización», que traen consigo medidas de disciplina social y rastreo cibernético de la población, mucho más allá de la biopolítica de Foucault,¹⁸ además de la restricción de libertades individuales y la puesta en práctica de diversas modalidades de estado de excepción.¹⁹

Los problemas más apremiantes y profundos para la humanidad son de alcance mundial, con obvias repercusiones en los planos locales, pero su morfología no se contiene en los márgenes estrechos de los Estados nacionales. Ante ese panorama, las ideologías nacionalistas y chovinistas resultan expresiones anacrónicas, cuando no retardatarias y conservadoras.

En un escenario convulso donde se refuerzan las medidas policiales y militares, las formas de control político y comunicacional de la población, donde se restringen los derechos sociales y los espacios públicos, es menester impulsar formas de innovación social y prácticas democráticas en

¹⁸ Michel Foucault, *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

¹⁹ Giorgio Agamben, *Estado de excepción. Homo sacer*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2005.

aras de un Estado más «democrático», puesto que un Estado «fuerte» no necesariamente es el mejor antídoto ante un mercado desregulado y autorreferencial. La transición política que se requiere para afrontar la gran crisis multidimensional no está alojada en las alturas del poder estatal, sino que concita la necesidad de profundizar la democracia radical, entre los sectores populares, las clases trabajadoras, los colectivos sociales y las organizaciones independientes.

Salud pública como derecho humano, no asunto de mercado

Es necesario deliberar sobre los modelos de salud pública universal y más igualitaria frente a servicios los muy difundidos servicios sanitarios privados y mercantilizados de acceso preferente a sectores de altos ingresos. Fuera del mercado el acceso a la salud se configura como un derecho humano imprescindible. Por lo que una cuestión de fondo es dilucidar el carácter público de los servicios sociales necesarios para la reproducción de la sociedad: salud, educación y otros más.

Los servicios públicos afloran como formas institucionales que tienen la potencialidad de articular la reproducción de la vida humana en conjunción con la naturaleza y la solidaridad colectiva, donde se privilegia el imperativo de la vida sobre el del capital.

En el plano internacional, la OMS se ha reformado, pero para abrir el ingreso de fondos privados. Debería de ser una agencia pública, con financiamiento mayoritariamente público, para que sea «neutral» e independiente de los intereses corporativos ahora preponderantes.

Medicinas, vacunas y tratamientos como bien público universal

Las leyes de propiedad intelectual farmacéutica, tuteladas por la OMC, son una barrera infranqueable que supedita el interés general de la salud pública mundial a los intereses económicos del capital.

En caso de una pandemia mundial, todos los medicamentos, tratamientos y vacunas deberían de ser declarados bienes públicos mundiales, a lo cual se oponen los intereses monopólicos de las farmacéuticas multinacionales, y la OMS no se atreve a declarar una medida de esa envergadura. Tampoco los Estados nacionales declaran como prioridad la salud pública, la nacionalización de laboratorios, hospitales, la creación de empresas públicas de medicamentos, vacunas, equipo. El interés corporativo está a buen resguardo, sin importar sus consecuencias funestas en la salud pública.

Para superar la pandemia del coronavirus, pero también otras pandemias virales y no virales, que no han merecido un desorbitante abordaje mediático, además de un cúmulo de enfermedades crónicas y degenerativas, entre un conjunto de malestares sanitarios, económicos, ambientales y sociales que presagian una crisis humanitaria de enormes proporciones, es necesario construir un nuevo paradigma civilizatorio donde, en principio, se flexibilicen, sino es que se abroguen, las leyes de propiedad intelectual tuteladas por la OMC que obstruyen el acceso efectivo de los medicamentos, sobre todo en los países periféricos y para la población empobrecida.

En el marco actual, donde prima el libre comercio, aún existe un pequeño margen de maniobra legal en el ámbito de los ADPIC, el cual no ha sido aprovechado lo suficiente por los Estados, salvo algunas excepciones, que permite acceder en lo inmediato a los medicamentos, para la producción de medicamentos genéricos, pero los gobiernos de los países subdesarrollados o bien no disponen del suficiente conocimiento legal o son presa de la corrupción por la vía de sobornos que imponen los intereses monopólicos farmacéuticos. Al respecto, existen algunos mecanismos, como las llamadas licencias obligatorias, que permiten a los Estados nacionales producir en determinadas circunstancias material patentado sin requerir autorización de los laboratorios, los dueños de las patentes. Paradójicamente, Estados Unidos ha sido el país que más ha utilizado este mecanismo y al mismo tiempo el que más se opone a que otros países se beneficien de él, para privilegiar a las multinacionales farmacéuticas.

En todo caso, es indispensable que los países cuenten con una industria farmacéutica fuerte, que responda al interés de la salud pública, con empresas estatales financiadas con recursos públicos. No obstante, la industria farmacéutica de genéricos está siendo comprada por multinacionales japonesas y estadounidenses, en una estrategia de capturar a la competencia y centralizar capitales.

Investigación y desarrollo

La dupla de investigación científica y desarrollo ha estado cooptada por la esfera privada empresarial. El sistema de innovación atiende a intereses monopolistas, y los productos de la ciencia son apropiados

por las grandes corporaciones para convertirlos directamente en capital, bajo el resguardo de las patentes y el control de los mercados. Bajo esa premisa, la investigación debe generar conocimiento, innovación, tecnología y proyectos que sean directamente útiles a la valorización del capital, donde prima el valor de cambio sobre el valor de uso, es indiferente qué se produce y quién lo consume, lo que interesa es que genere ganancias, máxime ganancias extraordinarias en el corto plazo que se prolongan con las protecciones legales de propiedad intelectual y los acuerdos comerciales internacionales. El desarrollo se entiende como crecimiento, inversión, ganancia, mercado, dinero. Las necesidades sociales, la reproducción de la vida humana, la naturaleza, son secundarias.

El movimiento progresivo del capital exige la permanente actualización, la puesta al día, en los procesos de valorización, que se sobreponen a los

de la reproducción de la vida humana en sintonía con la naturaleza. Estar a la vanguardia significa, en estos momentos, asumir el reto de la llamada cuarta revolución industrial, la industria 4.0, basada en plataformas digitales, y la tecnología 5G, la quinta generación de tecnología en telefonía móvil. Aunque, dicho sea de paso, en ese rubro las señales son confusas, pues al respecto la OMS ha clasificado a esa tecnología inalámbrica como cancerígena con categoría 2B, un nivel que si bien se considera bajo, en el ámbito de la salud pública ha despertado mucha discusión.

La recurrencia de grandes crisis humanitarias derivadas de fenómenos disímiles pero articulados por la modernidad capitalista, como el cambio climático y sus secuelas en ecosistemas y salud pública, la tentativa de virus nuevos y letales que colocan en serio predicamento a la salud humana, además de problemas socioeconómicos como la destrucción de valor, capital y trabajo, la pobreza,

En caso de una pandemia mundial, todos los medicamentos, tratamientos y vacunas deberían de ser declarados bienes públicos mundiales, a lo cual se oponen los intereses monopólicos de las farmacéuticas multinacionales.



desigualdad y violencia, anticipan la necesidad de realizar inversiones sustanciales de carácter público en materia de investigación, ciencia, tecnología, educación y formación de alto nivel.

*Entre la normalidad del realismo capitalista
y el poscapitalismo*

Las autoridades estipulan un final feliz con el presunto regreso a la «nueva normalidad», que no es sino una tautología más del realismo capitalista. Si por normalidad entendemos el capitalismo y sus expresiones neoliberal o globalización económica, en realidad no hemos salido de ella. Si acaso, lo único que estamos experimentando, como anomalía histórica, es que la modernidad capitalista está en cuarentena, un periodo que tiene utilidad doble, en tanto se depuran franjas de capital y trabajo consideradas anacrónicas u obsoletas o «no esenciales» y se fortifican otras que están encabezando los cambios sociotécnicos del capitalismo de nueva generación. Por lo pronto, se han aguzado los filones más dramáticos, enmarcados en una crisis civilizatoria,²⁰ que se profundiza por una pandemia (o sindemia), que no deja de ser un espacio privilegiado para destruir capitales, trabajo y formas de sociabilidad, pero también la apertura de nuevos espacios de valorización y palancas de acumulación en manos de grandes capitales.

La normalidad no es un estado de pacificación, cohesión o armonía social. Desde el punto de vista del poder corporativo y del poder del Estado es la normalización de los ciclos de acumulación y de la gobernabilidad. La idea de que el término del confinamiento y las medidas asociadas suponen un retorno a ese estado idílico prepandémico no es más que una utopía banal del presente inmediato: no hay punto de retorno. Las repercusiones económicas, sociales, culturales y sanitarias han sido tan lacerantes y profundas que no se pueden restañar volviendo a hacer lo que antes se hacía. Situación imposible, o punto menos que imposible, cuando millones de trabajadores han perdido empleos, otros han perdido sus negocios, otros tantos más cayeron enfermos o murieron.

Bajo el capitalismo no hay normalidad que valga. El escenario es más apremiante que el de la emergencia sanitaria, pues tiene entre sus grandes pendientes problemas globales como la destrucción del planeta y la profunda desigualdad social. 

²⁰ Humberto Márquez, «Urdimbres de la crisis del capitalismo: proceso histórico y colapso civilizatorio», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 7, núm. 12, 2017.